

Cumbre de San José 17-18-88



Varios miles de dólares pagó el Gobierno sandinista a una empresa panameña, por el alquiler del autobús.

El secreto mejor guardado en la "cumbre"

* Ortega temía que un cohete destruyera su avión

LAFITTE FERNANDEZ
de La Nación

A 100 kilómetros por hora, con 14 guardaespaldas armados hasta los dientes y en dos autobuses que hicieron venir desde Panamá, el comandante Daniel Ortega Saavedra probó, la madrugada del viernes, que no sólo sigue, estrictamente, los mejores manuales de la seguridad cubana, sino que también temía que un cohete tierra-aire acabara con su vida, si subía en un avión que lo trajera a Costa Rica.

Pese a haber sido invitado con todos los honores de un gobernante, el comandante sandinista prefirió aplicar un plan de seguridad personal, basado en la sorpresa, y que por algunas horas se convirtió en el secreto mejor guardado en Centroamérica.

El plan —basado en la sorpresa, en la simulación y en evitar cualquier fuga de información— sólo lo conocían cinco personas en Costa Rica, incluidos el presidente Arias Sánchez y su Ministro de Seguridad, don Hernán Garrón Salazar.

Y fueron tan severos los protectores de Ortega, que las principales autoridades nacionales conocieron sus verdaderos planes para ingresar en Costa Rica, apenas unas horas antes de que asomara su cabeza por la ventanilla de uno de los dos cómodos autobuses, que lo llevaron hasta la línea fronteriza de Peñas Blancas.

El propio embajador de Costa Rica en Nicaragua, Farid Ayales, se sorprendió, la tarde del jueves, cuando, a las 4 p.m., el Vicecanciller nicaraguense, José León Talavera, le llamó telefónicamente a San José —donde se encontraba— y le pidió que acompañara a Ortega Saavedra en su viaje desde Peñas Blancas hasta la sede del INCAE.

El diplomático suponía que llegaría en avión, como lo habían revelado los funcionarios del protocolo nicaraguense, aunque el nuevo aviso lo obligó a viajar apresuradamente a Liberia, para esperar instrucciones allí.

Preparación

Ayales llegó a Liberia a la 1 a.m. y apenas tres



En la tarde del jueves, el embajador costarricense en Managua, Farid Ayales, fue sorprendido por una invitación para que acompañara a Ortega en su ingreso al país.



Daniel Ortega pasó por la frontera sin que ninguna autoridad allí destacada se diera cuenta.

horas después se reunía, en el hotel Las Espeulas, con el ministro Garrón, y con la embajadora de Nicaragua en Costa Rica, Claudia Chamorro.

Hasta ese momento, la lista de conocedores del secreto sólo la completaban el presidente Arias y el director de la Guardia Civil, comisionado Juan Félix Barrantes, tal como lo había planeado la seguridad sandinista.

Fueron los mejores agentes nicaraguenses —la mayoría de ellos entrenados en La Habana— quienes desde muchos días antes habían puesto en marcha un celoso plan de simulación, para que todos creyeran que Ortega Saavedra llega-

momentos, la bandera de ese país, hasta que el mismo Espinoza anunció que el comandante ya se encontraba en el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE).

Casi cinco horas antes de que esto ocurriera, Garrón y los embajadores Ayales y Chamorro habían decidido que los dos últimos recibirían a Ortega en la frontera de Peñas Blancas.

El Ministro de Seguridad posiblemente prefirió descansar pues no había dormido en toda la noche. En medio de la alerta que se mantenía en todo el país, debió atender, personalmente, un operativo para detener a cuatro hombres que aterrizaron en un avión, en una finca de bahía Culebra. Eso ocurrió a las 2 p.m. y a esos extraños visitantes se les investiga, para determinar si poseen vínculos con el narcotráfico internacional.

Dos autobuses

La comitiva de Ortega llegó a Peñas Blancas a las 6 a.m., a bordo de dos autobuses de la compañía panameña Expreso Veraguense. Los vehículos poseen capacidad para transportar a 50 personas. Cuentan con aire acondicionado y butacas reclinables, tan cómodas como las de un avión.

Voceros de esa compañía, asentada en Santiago de Veraguas, en Panamá, dijeron telefónicamente a La Nación que los autobuses viajaron desde allí hasta Managua y, aunque no revelaron el monto que se pagó por la contratación, sí advirtieron que " fueron varios miles de dólares".

Sin embargo, los agentes de la seguridad sandinista no permitieron que los autobuses los condujeran panameños, sino que una vez que llegaron a Managua, se los entregaron a expertos nicaraguenses, capaces de conducirlos a más de 100 kilómetros por hora, en cualquier carretera.

En uno de los autobuses viajó Ortega hasta Costa Rica acompañado de periodistas de la revista española Cambio 16, con quienes se entrevistó en el trayecto entre Managua y Peñas Blancas. También ocuparon plazas en ese vehículo algunos de sus asesores y el embajador Ayales, luego de que atravesaron la línea fronteriza.

En el otro viajaban 14 guardaespaldas, que portaban ametralladoras de calibre de 9 milímetros.

Obviar los trámites fronterizos no fue un problema. Como llegaron a Peñas Blancas a las 6 a.m., en ese momento ni siquiera se habían abierto las oficinas de Migración.

Con ello lograron que nadie se diera cuenta de la sorpresiva visita, ni siquiera los jefes del Comando Norte de la Guardia Civil, bajo cuyas órdenes se encuentran los seis guardias civiles que siempre vigilan el paso de vehículos y personas por la línea fronteriza, en Peñas Blancas.

En la propia división le entregaron los pasaportes al embajador Ayales, luego que saludó al comandante y éste lo invitó a introducirse en el autobús para viajar a San José.

Mientras tanto, el ministro Garrón ya había previsto que cuatro automóviles y una docena de funcionarios de su cartera escoltaran, discretamente, los dos autobuses hasta que llegaron a la sede del INCAE.

Tres de los cuatro vehículos transitaron adelante de los buses y uno lo hizo atrás. Como la seguridad nicaraguense los había sorprendido y obligado a trazar urgentes y nuevos planes, los funcionarios nacionales ni siquiera tuvieron tiempo de enviar una ambulancia para encarar cualquier situación inesperada.

La operación fue rápida, los autobuses corrieron a más de 100 kilómetros por hora por el territorio costarricense y la orden era no detenerse, por ninguna razón, en el camino.

Todo se había preparado así, ante el temor de Ortega de que un cohete tierra-aire, disparado por la contrarrevolucionarios nicaraguenses acabara con su vida, al igual que han destruido otras aeronaves de su país, como parte de la cruenta guerra que sostiene.

Pero su sorpresiva llegada a Costa Rica no sólo probó que los sandinistas son buenos seguidores de los manuales de la seguridad cubana, sino que también pueden confiar un secreto a las principales autoridades costarricenses.

Mientras cumplía el viaje en autobús, aprovechó el tiempo para conversar con el embajador Ayales sobre las perspectivas del plan de paz. También durmió media hora algunos kilómetros antes de que el autobús que lo transportaba se detuviera en la sede del INCAE; sus guardaespaldas sólo pudieron hacerlo hasta que regresaron a Nicaragua. De todas maneras, ya habían contribuido a la sorpresa y al hecho de que, por primera vez en la historia diplomática de este país, un mandatario extranjero evitara los honores protocolarios, por temor a un atentado contra su vida.

ría en un avión de la Fuerza Aérea Sandinista al aeropuerto internacional Juan Santamaría.

Para eso no solamente notificaron a los funcionarios del protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores que así lo haría, sino que también tomaron medidas adicionales: pidieron permiso a las autoridades aeronáuticas locales para sobrevolar territorio costarricense, llenaron fórmulas ante las oficinas administrativas del Juan Santamaría y hasta hicieron previsiones para adquirir combustible.

Incluso, el propio día de la llegada de Ortega al país, enviaron a ese aeropuerto al Ministro de Información sandinista, Manóel Espinoza, para que confundiera a más de 400 periodistas de todo el mundo. Igualmente hicieron izarr, por